

Un domingo en la Chacarita

16 de Maio de 2003. El ser más siniestro de nuestra historia nacional hizo su última maldad e se retiró. ¿ Se habrá retirado? O estará preparando una maldad mayor? De lo otro, lo que pasa en el mundo hablamos después, pero yo ya no entiendo más nada. ¿ Habrá sido siempre así este mundo? O uno era medio ‘pichi’ y no se daba cuenta, se pone espezto el caldo de gato. En realidad todas estas historias son para vos y la Patri, como la del tigre me está dando trabajo, pues tengo que hacer el diálogo entre el Tigre y el personaje y desgraciadamente no puedo salir del discurso moral (que no es la realidad, ya que yo pienso que la moral es una consecuencia y no una causa y el Tigre cuando habla tiene que hacerlo muy bien), mientras tanto le mando esta historieta que se llama

No se porque, siempre mi vieja me agarraba a mí para que la acompañara a cualquier tipo de aventura que nada tenía que ver con Salgari ni con Julio Verne. Por ejemplo, cuando fue la revolución del 4 de Junio de 1943, que no habrá durado mas de una hora, havia cadáveres de soldados por todos los lados, apenas terminó el tiroteo ya tuvieron que salir todas las “arañas” a ver lo que havia pasado, a ver el espectáculo ya que neste tiempo no existía la televisión y esa era una de guerra de verdad. ¿ A quien agarro mi vieja para acompañarla? Al que subscribe, que tenía apenas 6 años. Llegamos a la estación Rivadavia, cerca de adonde estaba la fabrica Gillette y la Escuela Panamericana de Arte, y desde allí salía el colectivo 15 que iba desde Rivadavia hasta Pompeya. En este tiempo los colectivos eran de la “Corporación”, ocre claro arriba, bordó abajo, cuando empezó la balacera, justo el colectivo entraba en Blandengues (hoy Libertador) y lo agarraron entre los dos fuegos, los de la Escuela Mecánica de la Armada de un lado y del otro los golpistas del la “alaja” del General Ransón. Yo siempre de la mano de mi “santa” madrecita italiana. Soldados y mulas reventadas por doquier, por la alcantarilla, lo recuerdo muy bien, corría sangre en ves de agua, no contento con el horroroso espectáculo ¿Qué vio la gente? El colectivo en medio la calle Blandengues aujeriado a balazos y largando humo. Todos querían mirar por al puerta de los pasajeros, yo siempre de la mano de mi madre, cuando ella consiguió ver, yo también vi, y lo que vi dentro deste colectivo fue de tal magnitud que me es imposible describirlo, solo me quedo una imagen bien patente en mi memoria que no se me borrará nunca más en la vida: el colectivero estaba agarrado al volante, su cuerpo también apoyado contra el, pero no tenía cabeza.

Mis abuelos, mis tías, mis tíos, los cuñados, los primos, toda la parentela italiana vivían juntos o muy cerca, y un domingo quedaron, las mujeres, en ir a visitar a sus muertos al Cementerio de la Chacarita, claro, yo también tenía que ir con mi vieja. Desde la mañana era un ir e venir de mujeres en todo el conventillo, una prima de mi madre, llamada Rosa, que tenía una voz gravísima (Rivero, comparado con ella parecía un niño del coro “dei castratti”, el hermano de mi abuela, que además era padre de ella hablaba como una mujer) preguntó:

“- ¿Maria, comprastes la factura?” “- Sí”, contestó la otra. “ - ¿Cuántas comprastes? Mirá que somos seis o siete” “-Tre docena”, dice la otra. “- Tá bien.” “- Yo estoy haciendo biscochuelo por si no alcanza.” “ - ¿Pusiste el calentadorcito a alcohol, la yerba, el mate, todo?” “- Lo lleva tu cuñada Roma.” “Decile que ponga el Brazo también para lustrar los bronce.” Yo miraba todo este ritual grotesco y no entendía nada. havia como una especie de alegría colectiva, no entendía porque pareciera que iban todas a una fiesta. Salimos y todo el grupo se encaminó hacia la Avenida Cabildo, yo de la mano de mi vieja y el mujerío hablando como cotorras, tomamos el tranvía 31

(que iba hasta la Plaza San Martín, pero nosotros bajábamos en Federico Lacrose, y tomamos el famoso Lacrose). Llegamos al cementerio, toda la gente comprando flores, ahora que soy viejo cuando se me viene este recuerdo me parece como un rito ancestral del tiempo de los griegos o de los etruscos (pero tipo Catanzaro). También nosotros compramos flores y nos acercamos al lugar de las tumbas, otra cosa curiosa, no sé porque, los finados de cada uno de ellas también estaban cerca unos de los otros. Empezaron con este fervor de limpieza que tienen las mujeres, sacar las flores secas, lavar los mármoles, una limpiaba una tumba, otra lustraba los broncees, “– Pero, querida, esto está una mugre!”, y seguía limpiando. Una grito: “– Maria, prende el calentadorcito a alcohol y pone la paba, prendelo al lado de la tumba del tío Natale que no hay viento, si no se apaga.” Ya la tumba del marido de la que hablaba grueso estaba mas o menos limpia, va y zampa el paquete de factura arriba del mármol. Yo, sentado en la tumba de enfrente, miraba todo este aquelarre dominical y continuaba sin entender nada. Desde adonde estaba veía el enorme paquete de factura abierto en primer plano, las puntas de las medias lunas como cuernos y de tras la cruz con la foto en Porcelana en un óvalo color sepia del que había sido el marido de Rosa, la de la voz gruesa. Su mirada se perdía en la lontananza con un dejo metafísico cuyo misterio no pasaba de cómo Cozzi, el arquero de Platense le había atajado un penal a Labruna. A este personaje yo lo conocí, tocaba el violín de oído y había compuesto el hino a Platense... “El conjunto de los calamareeeeeeeeees.” Ya en las últimas se sentaba en la cama, pedía el violín y tocaba “Canario triste”. También acompañaba a mi tío que tocaba el bandoneón en las fiestas del conventillo, cumpleaños, compromisos, primera comunión, etc. Ya casi limpiadas las tumbas y los broncees lustrados, se juntaron todas en la tumba adonde estaban las facturas y cada cual empezaba a contar defectos y virtudes de cada finado, el mate iba pasando, la de la voz cueza se había terminado de manducar una bola de fraile y izo roncar el mate y dijo: “–El mío era terrible”, e hizo un gesto con la cabeza para indicar al susodicho cuya mirada metafísica calamaresca seguía en el infinito. “– ¡Fija-te que ya estaba en las ultimas y me quiso hacer el culo!” “– ¡Ay, pero que atorrante!”, dijo otra. “– Ahora, trabajador como el solo, ¡como trabajo estes hombre! No nos hacia faltar de nada, “– El mío igual, muy trabajador, pero ¡chinchudo! ¡Te acordás, Maria Julia? Si cuando venia del trabajo no havia un Crespi y una soda en el yelo, chau, se armaba ¡Que en paz descanse!”. Se venia la noche, la orgía necrológica llegaba a su fin. Ya en el tranvía 31 me senté del lado de la ventanilla, mi cabeza estaba totalmente ajena a todas estas fiestas y al cotorreo de las mujeres, yo vagaba por la isla del tesoro o estaba subido en un barco pirata. Pasamos por Garcia del Río y en el cine ‘Estrella’ anunciaban para la próxima semana ‘El Prisionero de Senda’, con Douglas Farguay, pasaron sesenta años y todavía suenan en mis oídos el cotorreo de las tiernas arañas, casi niñas en su tarde en la chacarita. Talvez las griegas y las etruscas harían lo mismo.